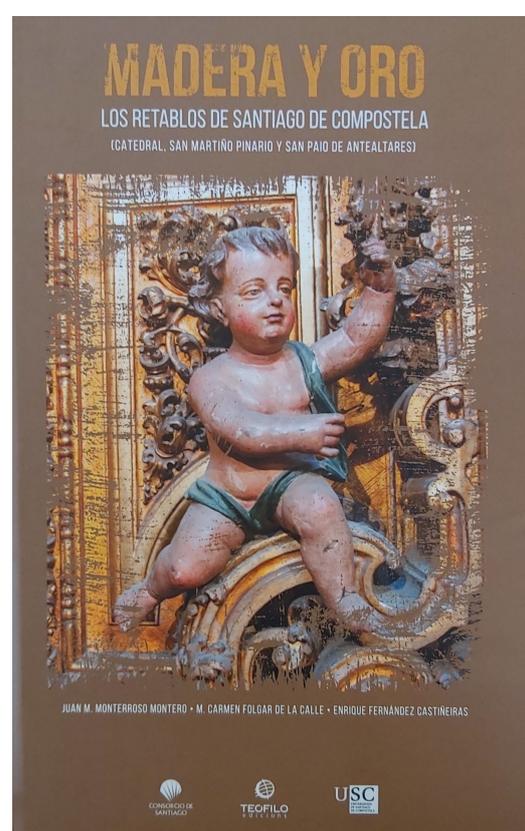


2020. 304 páginas y 36 ilustraciones en color.

El estudio del retablo no está de moda. No obstante, la retablística, en general, y la de la época moderna más en particular, constituye una parte muy valiosa del patrimonio cultural mueble hispánico, gran parte del cual sigue actualmente en riesgo de deterioro irreversible, dispersión o desaparición definitiva; un hecho que es particularmente dramático en amplias zonas rurales de la llamada España vaciada.



- Monterroso Montero, Juan Manuel, María del Carmen Folgar de la Calle y Enrique Fernández Castiñeiras. *Madera y oro: Los retablos de Santiago de Compostela (Catedral, San Martiño Pinario y San Paio de Antealtares)*. Santiago de Compostela: Teófilo Edicións,

Este volumen, sin embargo, se ocupa del estudio histórico-artístico e iconográfico de los conjuntos retablísticos de los monasterios de San Paio de Antealtares, San Martiño Pinario y de la catedral de Santiago de Compostela, tres centros religiosos que están íntimamente ligados al culto jacobeo y a la historia de la ciudad desde los mismos orígenes del *locus sancti Iacobi*. Es el primero de una trilogía que pretende estudiar el retablo compostelano en sus diferentes face-

tas, tipologías y con una visión cronológica de larga duración, mientras esperamos que salga a la luz —algún día no muy lejano— una historia del retablo en Galicia o del retablo barroco gallego. Capítulo a capítulo, y precedidos por una introducción al entorno arquitectónico donde actualmente se ubican, se analizan pormenorizadamente los retablos de estos tres templos, atendiendo a sus características formales, su iconografía, las problemáticas de autoría e incluso las transformaciones o restauraciones que han sufrido a lo largo de tiempo, y hasta fechas recientes.

Sus autores, Monterroso Montero, Folgar de la Calle y Fernández Castiñeiras —citados por orden de firma—, profesores del Departamento de Historia del Arte de la universidad compostelana y miembros del grupo de investigación *Iacobus* (1907), proponen una lectura histórico-artística de estos importantes conjuntos retablisticos, cuyos ejemplares abarcan desde la temprana edad moderna hasta la época contemporánea.

Tal como subraya Palomero Páramo en el prólogo, no hay duda del papel protagonista del foco compostelano en los orígenes de la retablistica barroca gallega, cuyo apogeo se dio entre mediados de los siglos XVII y XVIII. Más concretamente, algunas de las “máquinas” analizadas coinciden con los hitos más relevantes de su historia: 1625, cuando se levantaron las primeras columnas salomónicas de la península ibérica con destino a un retablo, el de las reliquias de la catedral; 1665, fecha en que se estaban esculpiendo en Madrid algunos elementos de talla con destino al baldaquino de la capilla mayor catedralicia, los cuales caracterizaban el estilo de Pedro de la Torre y, a partir de entonces, el de Domingo de Andrade; o 1733, entonces se levantó otro baldaquino retablo-bifronte en la capilla mayor de San Martiño Pinario, también sobre columnas entorchadas, aunque recorridas por guirnaldas de rosas y florones —ya no pámpanos y vides—, según diseño de Fernando de Casas. De hecho, las obras de dicho altar (1730-1733) y los dos colaterales del crucero (1742-1745), no solo fa-

vorecieron la formación de una importante cuadrilla de escultores, tallistas y carpinteros, al servicio de los benedictinos, si no que, a continuación, expandieron los repertorios codificados bajo dirección de Fernando de Casas y Miguel de Romay, al desplegarse por las parroquias y villas de la Galicia atlántica.

En este sentido, el libro también sirve para reivindicar, junto a los maestros de arquitectura y escultura que diseñaron los retablos, a los artistas locales que los ejecutaron, como Miguel de Romay, uno de los primeros retableros en hacer uso conjuntamente de columnas salomónicas, panzudas y estípites, incluso antes de 1730. O bien otros foráneos, como Francisco de Castro Canseco, de origen leonés, y responsable último de la hechura del altar mayor de San Paio de Antealtares (1714-1715), cuya obra popularizó un lenguaje caracterizado por cuernos de la abundancia y ramilletes florales, rosetas con gran número de coronas de pétalos, y hojas de espadaña, así como de lirio o palmas, granadas y otros frutos, que también tallaron en sus retablos Ciprián Domínguez Bugarín o Jacinto de Barrios. Además, este último, uno de los mejores entalladores compostelanos de principios del siglo XVIII —tras la desaparición de Andrade y Castro Canseco—, bien pudo haber sido el autor de la decoración de la capilla catedralicia de Mondragón, a tenor de la semejanza de sus “indiátides” con las del retablo mayor de la iglesia parroquias de Setecoros (c. 1711) o las sirenas del de Santo Antón de Herbón (c. 1708), ambos en las proximidades de Iria Flavia.

Pero esta antología de la retablistica compostelana, y su imaginería, que nos proponen los autores, no solo se ocupa de talla en madera, sino también de otros soportes, como terracota o mármol. De hecho, la catedral compostelana acogió uno de los obradores más importantes de mármol y jaspe de la Galicia barroca, formado para labrar el retablo de la capilla del Pilar (c. 1718-1723). Se trata de una arquitectura originalísima, que proyectó Fernando de Casas y cuyas obras dirigió Miguel de Romay; a sus órde-

nes sabemos que trabajaron algunos de los mejores *pedreiros* de la ciudad, como Bernardo del Lago, Domingo de Adrán, Antonio Fernández, y Blas de Cobas, y otros, como Francisco Fernández Sarela, algunos de los cuales también trabajaron, años más tarde, en la fachada del *Obradoiro* (c. 1738-1750).

En resumen, una aportación fundamental —y necesaria— a la historia del retablo hispánico.

Iván Rega Castro
Universidad de León